

Evangelio y de la doctrina cristiana. Y es natural que se incline por aquel que le ofrece mayores garantías. Por eso piensa también con atención qué partidos o qué personas son las que respaldan tal o cual programa. Pero la decisión de votar, o de votar en tal o cual dirección, es personal. Es asunto de conciencia. La Iglesia no quiere suplantar nunca, sino ayudar al ejercicio libre y con plena conciencia de un derecho de la persona, como es el del voto.

—¿Tienen que ir necesariamente unidos Iglesia y Estado, política y religión?

—La Iglesia y el Estado son independientes en el ejercicio de su respectiva misión, sencillamente porque ésta es distinta. Otra cosa es que tengan que reconocerse mutuamente, e incluso en no pocas cosas colaborar. Un estado confesional, como hoy es el nuestro, no tiene por qué ser hostil, ni siquiera indiferente a las creencias y convicciones religiosas de nadie, ni a las instituciones religiosas en las que el ciudadano vive y expresa su fe.

—¿Hay alguna motivación personal o moral que pueda justificar el aborto, la eutanasia, la pena de muerte, la guerra...?

—Cada uno de los cuatro temas merece atención especial. El aborto provocado, para la Iglesia, es un crimen abominable; se interrumpe una vida humana ya iniciada. La eutanasia propiamente dicha, es decir, la eutanasia «activa», sería igualmente la interrupción de una vida humana; eso no está en la mano del hombre. Otra cosa es el derecho a vivir y a morir dignamente, sin prolongaciones artificiales y muchas veces dolorosas de la existencia humana. La pena de muerte la Iglesia no la quiere; sólo en casos «de extrema gravedad» admite que la autoridad legítima pueda recurrir a ese «extremo» como defensa del bien común. La guerra, para la Iglesia, es el mayor mal que aflige a la humanidad. Hay que desterrarla. Hoy reviste especial gravedad siempre. Ojalá pronto la comunidad internacional haga lo imposible y condene absolutamente toda guerra.



«El nuevo catecismo es un compendio de toda la doctrina católica: la fe, la moral, la vida cristiana, la oración...»

—¿Por qué se permite que se sigan muriendo de hambre y de desidia infinidad de seres humanos?

—¡Hombre!, ¿que por qué se permite que haya hambre en el mundo? A ver si entre todos pronto logramos hacerla desaparecer. Yo creo que hay mucha gente y muchas instituciones seriamente comprometidas en un trabajo por desterrar el hambre. La Iglesia hace lo que puede.

—¿Qué medidas habría que tomar para acabar de una vez por siempre con tal situación?

—Yo no soy quién para ponerme a dictar una especie de política internacional, encaminada a acabar con el hambre en el mundo. Aunque es verdad que el conjunto de la doctrina social de la Iglesia tiene apuntadas claramente líneas muy concretas en este sentido: respecto a todo hombre, solidaridad entre pueblos de toda la tierra, inversiones en producción y no en armas... Por mi parte, sólo diría ahora que el más sólido principio de so-

lidad y fraternidad está en el corazón de cada hombre. Que cada uno veamos a los demás hombres como hermanos nuestros, sean del color, de la raza, de la ideología, de la religión que sean. Así sí se acabarían el hambre, la violencia, la guerra...

—¿Infierno? ¿Gloria? ¿Vida en la otra vida?... ¿Se puede seguir confiando fehacientemente en que tales supuestos nos esperen al final de nuestros días terrenos?

—Sí, la Iglesia tiene fe y esperanza en otra vida. Los cristianos pensamos que no todo se acaba con la muerte. Llamamos cielo, gloria, bienaventuranza, precisamente a esa vida poseída en la alegría y en el gozo de Dios para siempre, que es fruto del amor gratuito de Dios y de la correspondencia filial del hombre a la llamada de Dios. Y designamos infierno a esa otra situación que se les puede crear a quienes consciente y responsablemente hayan rechazado el generoso ofrecimiento de Dios para poseerlo; el infierno es

una autoexclusión de la vida, de la gloria de Dios. Me preguntas que si se puede seguir confiando «fehacientemente»... Justamente es la fe la que nos asegura que sí, que se puede seguir confiando. Nosotros podemos fallar, pero Dios es fiel.

—Por último, ¿qué les diría a sus fieles en este inicio de 1993?

—Que el Espíritu anime nuestra esperanza; que sigamos trabajando por llevar a la práctica las enseñanzas de Cristo, que nos comprometamos en el trabajo por la paz y la solidaridad en todo el mundo... tantas cosas.

● JULIO BARBERO

“**EL CATECISMO ES UN INSTRUMENTO MUY UTIL EN LA VIDA DE LA IGLESIA.**”